

efecto; y esta circunstancia tenía que predisponer su ánimo en favor del sistema legal. Por consiguiente cuando estalló el movimiento de agosto se encontró sorprendido y sin comprender unos sucesos, en su concepto tan irregulares, encontrándose de rechazo lanzado en el partido de la resistencia, no por simpatía alguna hacia él, sino por la fuerza misma de las cosas.

Hemos entrado en estos pormenores á fin de hacer comprender cómo el pensamiento de los escritos de Fíguro, el tono general de ellos y hasta las formas de su estilo sufrieron grandes é importantes modificaciones. Ya no es el instinto espontáneo del liberalismo lo que le inspira; son sus excesos y violencias lo que llama su atención; ya no critica las cosas preocupado su ánimo de las grandes ideas de perfección y progreso; es la amargura del hombre desengañado lo que le mueve á escribir: ya no es la gracia, ni la ligereza, ni la amenidad lo que resalta principalmente en sus artículos, sino la aspereza, el coraje, la melancolía. Y es que todas sus esperanzas se han disipado; y es que todas sus ilusiones se han desvanecido; y es que un presente triste y desconsolador le hace desconfiar de todo porvenir risueño y fecundo; ¡y es, en fin, que el sentimiento íntimo de las cosas se le escapa por esta vez! La negación es el más estéril de los pensamientos humanos; y causa dolor ver á un escritor como Larra, condenar los desórdenes de la revolución, las atrocidades de su gobierno y los desvaríos de sus ministros en nombre de tan pobre principio. Pero su alma se había gastado ya en la lucha, y querer otra cosa de él era acaso exigir demasiado. El carro revolucionario anda demasiado aprisa para que todos puedan seguir su paso.

El artículo de *El día de difuntos* de 1836 señala esta nueva fase de la vida literaria de Larra, y la resume toda, por decirlo así. No seremos nosotros los que neguemos el verdadero mérito de esta composición, la profundidad con que está concebida, la filosofía con que está vaciada, la altura del tono con que está

escrita; pero juzgándola bajo un punto de vista más grande que el de un miserable escepticismo, ¿tenía razón Fíguro en manifestar tanto desconsuelo, en sentir tanta amargura, en derramar tanta hiel, permítasenos la expresión, en vista de los hechos que entonces pasaban? Sabido es el pensamiento del artículo de que se trata. Nuestro autor se imagina al ver las gentes que se dirigen apresuradamente al cementerio, que éste se encuentra dentro de Madrid, que Madrid es el cementerio, «vasto cementerio, dice, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.» Inspirado de esta idea, empieza á recorrer las calles de la capital considerando sus principales edificios como otros tantos sepulcros cubiertos de epitafios alusivos á los acontecimientos de que cada cual había sido teatro. Al llegar al Real Palacio, lee en su frontispicio: «*Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.*» Pasa por delante de la cárcel y exclama: «*Aquí reposa la libertad del pensamiento!*» Dos redactores del *Mundo*, añade, eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna.» Al echar de ver el edificio de Correos: «*¡Aquí yace la subordinación militar!*» lee también su fantasía... Tal es el espíritu de las ideas de todo este artículo y del de todos los demás, poco más ó menos, que Fíguro escribió hasta su muerte bajo la inspiración de los sentimientos que hemos manifestado. ¡Tristes y falaces ideas por cierto! Sí; el trono había muerto, era verdad; pero era el trono absoluto, el trono que esquivaba ser francamente poder constitucional, el trono que no quería renunciar á ninguno de sus antiguos hábitos y preocupaciones, y eso cuando no encontraba un solo defensor contra la soldadesca desenfrenada, ni un solo palaciego caía atravesado por las bayonetas del sargento García! Sí, la libertad del pensamiento había perecido, nada más cierto; pero era la libertad de pensar representada por la censura y de cuya abolición ofrecían una imagen viva los periodistas

entonces presos. Sí, la subordinación militar estaba destruída, no había duda alguna; pero era la subordinación ciega y estúpida que quería el despotismo, el cual no contó sin embargo con fuerza bastante para reprimir una sedición de tropa hecha en nombre de una idea política, teniendo que resignarse vergonzoso á dejarla salir con tambor batiente y banderas desplegadas! ¿No habían hecho bien en morir instituciones caducas y que no estaban ya conformes con el espíritu de los tiempos nuevos? ¿No convenía que la monarquía aprendiese con la experiencia que no encontraría nadie que se inmolará por ella á título de absoluta, y que su sola tabla de salud estaba en aceptar sinceramente el nuevo orden político? ¿No era un grande ejemplo ver encerrados en la cárcel á escritores acusados de haber publicado estos ó aquellos pensamientos en uso de un derecho reconocido, probando así que, si á los hombres podían ponerse grillos, las ideas estaban ya libres de toda traba? ¿No era providencial ver á la fuerza armada declararse en insurrección en nombre de un principio y estrellarse ante ella toda la fuerza de la autoridad pública, á fin de que los gobiernos no convirtiesen en adelante á los ejércitos en instrumentos de opresión y tiranía para los simples ciudadanos, exponiéndose á que el instinto del patriotismo ahogase en ellos la voz del deber militar? He aquí lo que debió pensar Fíguro antes de hacer una crítica tan amarga y desesperada de los acontecimientos. Empero no podía ser otra cosa y él mismo nos explica porqué. «Quise refugiarme, dice, en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!...*» ¡Oh! un hombre sin esperanza no podía hablar de otro modo: así es que no es al mundo á quien debía dirigir su palabra; ¡debía hablar únicamente á Dios!

No sólo son sus artículos políticos los que se resienten del giro que la revolución de la Granja hizo tomar á sus ideas y opiniones. La

misma negra melancolía, la misma sombría desesperación, reinan en sus artículos literarios, juntamente con las mismas lamentaciones por lo pasado, la misma superficialidad al examinar la razón de las cosas. Larra es, debemos confesarlo, inferior á sí mismo. ¿Trata de juzgar *el Pilluelo de París*? En vez de apreciar en su justo valor la filosofía de esta pieza, nos dirá que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal necesario, que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no pereza, que los pobres no son siempre necesariamente virtuosos ni el noble y el rico unos bribones, con otras trivialidades que, sin entremeterse á ver hasta qué punto debe ser limitado el sentido que se les dé, no probarán nunca que los grandes y los poderosos no abusen alguna vez de su posición social para oprimir á los débiles y á los pequeños. ¿Va á hacer el análisis del *Felipe II*? Tampoco se detendrá en examinar el drama en sí mismo, sino en decirnos que el teatro envejece diariamente, que las sociedades se desquician y que lo mismo sucede con el drama, que es su exacta expresión, que nada puede decirse de la pieza en cuestión sino que es una astilla más arrojada en la hoguera que se apaga. ¿Se ocupa en hacer la crítica de las *Horas de invierno*, una colección de novelas traducidas por el señor Ochoa? Nos manifestará que, aunque el traductor es un escritor de bastante mérito para ocuparse en trabajos originales, hace muy bien en lanzarse en cuerpo y alma en aquel oficio. La decadencia de nuestra nación, el envejecimiento de nuestra sociedad lo requiere así: «¿Qué haría, añade, con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasear por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico*; algunos exclamarían: ¡Es buen muchacho, pero es *poeta!* ¡Otra parte, y no la menor, le calumniaría, le llamaría inmoral y mala cabeza, infernaría su existencia y la llenaría de amargura!» Esto, como se ve, no es formar un juicio, esto no es presentar un aná-

lisis, esto no es hacer una crítica; es quejarse, es llorar, es hacerse pedazos el corazón. ¡Qué contraste ofrece este modo de escribir de Fígaro con el que tenía en sus buenos tiempos! Entonces discurría, entonces meditaba, entonces se entusiasmaba con las innovaciones, entonces la esperanza era su numen inspirador; ahora divaga, cierra los ojos, no sabe sino lamentarse de lo pasado, y el desaliento le domina completamente. El mundo social, político y religioso, no es para él más que un edificio viejo que se desmorona por todas partes, á quien en vano se aplican puntales para contener su ruina; en esto no se equivocaba, pero tenía muy vendados los ojos cuando al través del polvo de los escombros no veía alzarse poco á poco un nuevo edificio mucho más brillante, magnífico y duradero.

Seríamos injustos con Larra, si no reconociésemos la influencia que ejercieron en esta última fase de su vida literaria que estamos examinando, los pesares y los quebrantos domésticos: la funesta pasión que tuvo la desgracia de concebir, olvidando los más sacrosantos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. Por lo mismo que sus convicciones políticas habían sufrido tan rudo golpe, debió volverse naturalmente á buscar en el seno de la vida interior los consuelos que el espectáculo del mundo le rehusaba. Desgraciadamente en vez de refugiarse en los brazos de una esposa querida, se aferró cada vez más á su malhadado amor, el cual debía costarle la vida. La persona que se le había inspirado no le guardaba ya una correspondencia, sin la que se creía completamente desgraciado. La inquietud y agitación de su alma crecían por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente, pudieron observar el desorden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima. Sus últimos escritos la hacían presentir de una manera patente. En el artículo consagrado á la memoria del malogrado conde de Campo Alange decía quince días antes de su muerte con un tono melancólico y lúgubre: «Ha muerto

el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! ¡En la vida le esperaba el desengaño! ¡La fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!» ¿No son estas las palabras del moribundo?

Llegó por fin el 13 de febrero de 1837, cuyo día era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de Fígaro. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir á cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos é hiciese valer sus prótestas de ahora. Túvola en efecto en su casa la noche de dicho día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo cuando... oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitación después de un larguísimo rato, ¡conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida! ¡Se había suicidado delante del espejo! ¡Y fué una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!!

Tal fué el desgraciado fin que tuvo el primer escritor satírico de nuestros tiempos, y cuya relación era lo único que nos quedaba por hacer para dar cima á nuestra tarea. ¡El risueño, el ameno, el chistoso Fígaro murió de esta manera tan trágica, tan lamentable! No, no seremos nosotros los que disculpemos su acción, y menos todavía los errores y las faltas que

poco á poco le arrojaron en el delirio que se la hizo cometer; pero permítasenos á lo menos asociarnos al voto unánime de toda la juventud literaria de España, que inmediatamente olvidó al suicida para no acordarse sino del escritor, y del escritor que con tanta gloria marchaba por las mismas huellas que Cervantes, que Molière, que Juvenal y que todos los grandes satíricos. Algunos años más de vida, alguna más grandeza en su genio, he aquí lo que le faltó para haberse colocado á la altura acaso de estos grandes hombres: los homenajes tributados á su memoria atestiguan bien cuán grande era el vacío que iba á dejar en las letras españolas contemporáneas. Sabida es la pompa con que fué acompañado á la sepultura, sabidas son las sentidas composiciones que se leyeron sobre su cadáver, las tristes palabras que allí se pronun-

ciaron, el dolor de que estuvieron penetrados todos los circunstantes. ¡Estas muestras de simpatía hacia el desgraciado Larra, se han renovado después cuando en el mes de marzo de este año se trasladaron sus cenizas al cementerio en que reposan las de Calderón y las del nunca bastante llorado Espronceda! Hoy día comprenden ya todos que á los hombres no les toca más que rendir homenaje al talento: á Dios sólo corresponde pedir cuenta del uso que se haya hecho de él.

Concluyamos, pues, añadiendo que la circunstancia de haber muerto antes de sus veintiocho años, dejando una esposa joven con un niño que ahora tiene doce años, y dos niñas, una de diez y otra de ocho, debe hacernos más respetuosos todavía con la memoria de Fígaro.

C. CORTÉS